

GUAPAS, LISTAS Y VALIENTES

Beatrice Masini

La niña de las adivinanzas



PRÓLOGO

En esta historia se habla de monstruos. Si te dan miedo los monstruos, puede que lo mejor sea que no sigas leyendo. Te diré más: en esta historia se habla de monstruos que devoran niños... así que, si antes no tenías miedo pero ahora sí, aún estás a tiempo. Y... te diré todavía algo más: en esta historia se habla de monstruos que devoran niños y de una niña que no



tiene miedo a nada, ni siquiera a los monstruos. Si tú tampoco le tienes miedo a nada o te gustaría no tenérselo, entonces quizá te interese seguir leyendo.

No te pierdas las aventuras de Ilide, es una niña muy especial. Quizá puedas jugar a ser ella o imaginarte que tienes su misma habilidad.

Si no, no te preocupes, siempre puedes seguir leyendo. No te quedes en las primeras páginas, si llegas al final de la historia, conocerás su secreto.

CAPÍTULO 1

Donde conocemos a Ilide y descubrimos su extraordinaria capacidad

Hace mucho, mucho tiempo,
en un mundo que existió
de verdad, un mundo en el que sus
habitantes iban vestidos con túnicas
y cultivaban la filosofía, la poesía o la
música, vivía una niña que se llamaba
Ilide.

También ella llevaba una bonita
túnica, que parecía un pareo, anudado

a un hombro, muy cómodo para los días de verano, pero no tanto para los días más fríos del invierno. Es verdad que en invierno ella no salía mucho, tampoco en verano, porque en aquel mundo las niñas y las mujeres pasaban la mayor parte del tiempo en casa, en una zona de la casa que



se llamaba gineceo, que era, precisamente, el lugar destinado a las mujeres.

Las niñas pasaban allí casi todo el tiempo, mientras que los niños, a los siete u ocho años, iban a la escuela y al gimnasio para aprender un oficio: aprendían el oficio de guerrero, político, actor o escultor... En cambio, las niñas permanecían allí, y cuando se casaban, salían del gineceo en el que habían nacido para entrar en el de la familia de su esposo.

Había alguna excepción: las bailarinas, por ejemplo, o las poetisas. Pero eran pocas.

Nos puede parecer algo extraño, porque ahora tenemos otras costumbres, pero en aquella época era

así como vivían. Las niñas y las chicas jóvenes estudiaban en el gineceo, donde aprendían literatura, poesía, danza y música, así que también ellas recibían su instrucción, además de aprender otras cosas como a cocinar, tejer en el telar o cuidar la huerta. Ocupaban su tiempo en estas tareas.

Ilide había demostrado desde bien pequeña que tenía habilidad con las palabras: había aprendido a hablar muy pronto y le gustaba escuchar las historias de los dioses y de los héroes que contaba el aedo. Este tocaba la cítara y contaba todas estas historias como si fueran canciones.

A Ilide también le gustaba escuchar las poesías de los papiros que leían las chicas mayores, y, sobre

todo, se entretenía resolviendo los
enigmas que le proponían las mujeres.
Por ejemplo:

*Tiene el pelo oscuro y es grande como
un oso,*

ruge como un oso,

tiene las patas como un oso,

tiene la cola como un oso,

te come como te come un oso,

pero no es un oso, ¿qué es?

Pues muy fácil: una osa.

O, por ejemplo:

*Cuando llueve muy fuerte no busca
resguardarse, ¿qué es?*

Muy fácil: un pez.



O, por ejemplo:

*Si la tienes, no la quieres,
si la tienes, la buscas.*

Es muy fácil: la pulga.

O, por ejemplo:

*No sabe dibujar,
y tampoco pintar,
pero sabe hacer retratos,
¿qué es?*

Muy sencillo: el espejo.

Ilide aprendía todas estas adivinanzas y se divertía mucho con ellas. Escuchaba bien las respuestas y las memorizaba. Así, cuando alguien volvía a proponer la misma

adivinanza, ella ya sabía lo que debía responder.

Poco a poco, gracias a su extraordinaria memoria y a su buena disposición para aprender, se convirtió en la adivinadora de adivinanzas más hábil de la casa. Era tan buena que, de vez en cuando, su padre la dejaba salir del gineceo para ir a la sala donde se celebraban los banquetes y mostrar su habilidad a los invitados.

Todos reían y aplaudían ante la actuación de Ilide, que había aprendido a resolver con rapidez incluso adivinanzas que no había oído antes: reflexionaba, valoraba las posibles respuestas y siempre acertaba.

Por ejemplo, un amigo de la familia que acababa de regresar de su viaje a

Oriente le propuso una adivinanza que le había oído contar a un camellero en el desierto:

*Todos saben abrirlo,
pero nadie cerrarlo.
¿Qué es?*

Ilide se quedaba pensativa, guardaba silencio para crear expectación, a continuación movía ligeramente la cabeza como para mostrar cierta inseguridad y despertar todavía más el interés entre su público, después se pasaba la mano por la frente, se le iluminaba la cara y decía:

—Muy fácil: un huevo. He acertado, ¿verdad?



Y la gente aplaudía.

Era muy emocionante, claro. Pero Ilide sabía que solo la escuchaban cuando querían que resolviera alguna adivinanza o juego de palabras. Debía pasar el resto del tiempo en el gineceo, y esto a ella no le gustaba nada.